



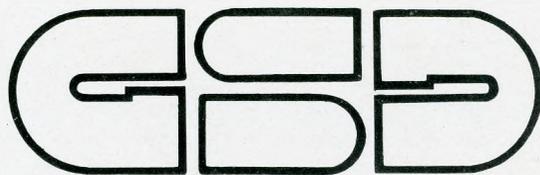
# nemesio antúnez

FNA fundación  
NEMESIO  
ANTÚNEZ

# nemesio antúñez

pinturas

acuarelas



galería sandiego

inauguración: jueves 29 de septiembre de 1977, 7 p. m.  
carrera 7a. No. 72-22 bogotá d. e. tel. 495184

Por fin, ya he podido asomarme a una parte de la obra de Nemesio Antúnez. Me estremece pensar todo lo que ha tenido que ocurrir en su patria chilena para que eso haya sido posible.

Hace no pocos años, cuando yo vivía con mayor entusiasmo mi fervor americanista, trabajaba en un libro panorámico sobre el arte de aquel continente, que se quedó a medio hacer y sin publicar. Pasaron muchas cosas: el vendaval de Fidel y del Che, más tantos otros vendavales americanos. Pero lo que pasó fundamentalmente es que yo cambié de manera de pensar: no sobre el arte, pero sí sobre América y sobre muchas cosas fundamentales. El conocimiento que yo tenía entonces de Antúnez, como de muchos otros artistas de allá, estaba hecho de reseñones, de artículos y de algunas reproducciones. Sabía que se había ido a Nueva York y que allí cultivaba un surrealismo muy especial —muy chileno—, hecho fundamentalmente con ese ingrediente terrenal y sideral —pronunciaré la palabra: cósmico— que los grandes chilenos saben amalgamar en sus expresiones. Entonces, sí, Antúnez pintaba la ciudad, pero, en su obra, la ciudad era como un extraño accidente de la geología.

Luego, cuando el gran Allende, fuí a Chile. Recuerdo que entre las cosas que yo tenía que ver en Chile, estaba Nemesio: La cordillera, el Pacífico batiendo las playas del Sur, la maravillosa gente de allí y la pintura de Antúnez. Pero cuando llegué allí fuí invadido por el entusiasmo de la tierra y los hombres. . . y sobre todo, de aquel Hombre, llamado Allende, para el cual nunca tendrán tierra suficiente para cubrirlo. Lo cierto es que el bosque de Chile me tapó el árbol de Antúnez y, al final, ya con un pie en el avión, tuvimos una conversación telefónica que no pudo sustituir a la que hubiéramos podido tener ante su obra.



Digo que parece como si hubiera tenido que ocurrir todo ese cataclismo que ocurrió en aquel hermoso país para que yo pudiera ver su obra. Pero, sea como sea, ahí está.

Esos chilenos tienen siempre un acuerdo secreto con la geología: con los elementos primarios y con las cosas elementales; con las cordilleras y los volcanes, con la tierra que tiembla y el mar que ruga. Recordad a Neruda. Hasta los hombres, en las expresiones chilenas, tienen un ramalazo de naturaleza indiscriminada, como de tercer día de la creación, y conservan como una sombra imprecisa, algo de una rara profundidad submarina o de un extraño vuelo de cóndores. Ahora llega hasta nosotros Nemesio Antúnez con su expresión chilena de todo eso, pero también con su conciencia chilena de las últimas tragedias de la patria. No hay que cargar solo en la cuenta surreal de Nemesio la forma como en él las cosas se concretan; hay que cargarlo sobre todo en su cuenta de chileno sideral. Por ejemplo, Antúnez vuelve aquí a una temática que ya es vieja en él, a la ciudad, a ese bosque petrificado por los hombres. . . Digo "bosque petrificado", porque eso es en él, ya sin recuerdos de ninguna vida vegetal. Y Antúnez, cuando expresa la ciudad, cuando tiene que volver a las lineaciones, no se deja llevar por el imperativo de la geometría, sino —fiel al mandato de su estirpe—, por el de la geología.

Las formaciones que tienen que expresar en él a la ciudad, se producen en él a la manera de cristalizaciones: son como las fianzas de una ulterior fosilización. Pero es que, además, Nemesio Antúnez no ha podido, ni ha querido, evitar el dolorido recuerdo de los días más negros de su patria.

¿Y cómo hubiera podido evadir esa realidad un hombre que, de alguna manera, profesa la magistratura surrealista, es decir, la vivencia de una realidad superior? Por eso, toda esa exposición tiene un título, "Estadio Negro", en recuerdo de ese lugar concentracionario donde fueron llevados tantos hombres de Chile para esperar la tortura o la muerte. . . No: no quiero hablar ni escribir más de todo aquello. Simplemente quiero recordar que allí fué donde murió —donde mataron— a Victor Jara, a cuyo recuerdo se dedica esta exposición. Si, Victor Jara, al que recuerdo bien, porque en una de mis noches de Chile estuvo con nosotros, con los amigos, cantando canciones de su pueblo y del mío, acompañándose de su guitarra. . .

No quiero seguir hablando de Chile, para evitar que una ola de cólera me suba desde los pies hasta la garganta. . . Y porque yo estoy aquí, ante esos papeles, para hablar no de Chile sino de uno de sus hijos: de Nemesio Antúnez, pintor, por quien el surrealismo —ese peculiar surrealismo suyo— vuelve a tomar conciencia y a decirnos que la pintura está hecha por algo y para algo. En fin, este y ahora no es el lugar de hablar de su pintura. Ya hablaré de la pintura de Nemesio en mis páginas habituales de "Triunfo". Ahora no podría. Ahora no pienso nada más que en aquel país. . . "todo rodeado de agua combatiente y nieve combatida".

José Ma. Moreno Galván